

Sr. D. JOSÉ MARÍA DE PEREDA.

lo cierto es que estoy bien seguro de lo que digo y que lo único que puede ser verdad es que no hago, ni haré nunca, buena puntería. Es necesario, absolutamente necesario, que V. escriba y demuestre V. prácticamente, además de lo que siempre ha demostrado de un modo inimitable, la exactitud de las afirmaciones que muchos venimos sustentando—no se ria V. de este plural—sosteniendo un día y otro día que el *naturalismo verdadero* es propio de todos los tiempos y de todos los grandes maestros; que en todas las grandes obras de arte se manifiesta, aunque sin afectarlo; que la novela no ha de ser un libro de Filosofía, de Sociología ó de Legislación, y que, si no es cierta la célebre divisa «el arte por el arte», tampoco es conveniente la sumisión del arte á otros fines, deduciéndola como consecuencia de aquel principio equivocado. Es necesario, de absoluta necesidad, aparte de la que sienten las letras españolas, que nuevos libros de V. vengán á distraernos de este confuso batallar de las ideas, y purifiquen con su lectura el ambiente literario, en que tantos respiran, inficionado y mal sano ya, no solo por ese número indeterminable de novelas que empiezan con las insulsecas repugnantes y heréticas en todos sentidos de López Bago y nadie sabe donde termina, sino también, y esto es más sensible, por escritores de notabilísimas facultades y talentos nada comunes. Es necesaria, absolutamente necesaria la inmediata publicación de una novela de V., de tanta ternura como *De tal Palo* ó *El Sabor de la Tierrauca*, de tanta penetración como *Los Hombreros de Pró* y *La Mujer del César*, de tanto estudio y delicadeza de concepción y desarrollo como *Pedro Sánchez*, y de tanto arranque, valentía y grandiosidad como *Sotileza*, tal vez el mejor de todos sus libros. ¿No le gustaría á V.—y esto, entre paréntesis—dibujarnos un *Don Gonzalo filósofo*, ó presentarnos otro *Quijote de la Cantabria*?

«*Todo lo que se quiere, se puede*», dice un refrán muy antiguo, y á él me agarro en esta ocasión, limitándome á recordarle que V. tiene obligación de querer. Yo creo también que primero deja un avaro de coger una onza del suelo, que el poeta ó el novelista se nieguen á escribir la comedia ó la novela que concibieron tras largos sudores y vive perfecta y acabada en su imaginación; pero no creo que el *horno* de V. no esté para pasteles y que deje V. que definitivamente *el polvo vaya empujando la herramienta del oficio*. Animo, pues, y á escribir otra novela, tapando con cuartillas las grietas que V. modestamente dice que tiene el *horno*.

Suyo afemo, y admirador entusiasta  
PEDRO SÁNCHEZ.  
23 de Junio de 1886.

JEHOVA.

TRADUCCIÓN DE VÍCTOR HUGO.

Gloria al único Dios! Su nombre santo en sus obras magníficas refleja; lleva en su mano el Universo entero; Él, más allá del tiempo pasajero que en continuo girar viene y se aleja, puso, del hombre misterioso anhelo, la eternidad de perdurable vida, y más allá del insondable cielo arrojó el infinito sin medida!

El eco de su voz vibró fecundo y del caos inerte brotó el mundo! A su lado el arcángel una á una numera las naciones cuando, al salvar del tiempo y los lugares, los espacios extensos, en la cuna de múltiples sin par generaciones, dá á los siglos sus razas singulares, y á tantos seres que su mano abarca la duración de su existir les marca.

Nada la acción detiene de su sabio poder: ya airado truene, como la voz del huracán violento, su irresistible aliento, y á su impulso potente por el ancha extensión del firmamento cruza un cometa ardiente; ó del espacio en un rincón profundo un astro apague que alumbrará al mundo!

Ya haga brotar su poderosa mano un volcán bajo el férvido Oceano; ó haga plegar en curvas mil extrañas cual las ondas salobres las montañas; ó con su brazo armado, la bóveda tocando del averno á su voz aterrado, los hijos de Luzbel arroje airado al fondo horrible de su fuego eterno!

Toda la creación tu pensamiento, Señor! gobierna; todo al par recorre la senda fija que marcó tu intento. Tu brazo poderoso á la viuda infeliz blando socorre contra el vil Publicano codicioso; un rayo de calor enciende pío entre las nieblas del invierno frío; ó de un cielo lejano en lo profundo, triste mansión desierta del vacío, crea, al pasar, otro universo-mundo!

Nada es sin Él el hombre, débil presa que, en su mundana suerte, solo disputa la desgracia aviesa por algunos instantes á la muerte! Su nombre santo, que en sus arpas de oro ensalzan las celestes gerarquías, del mundo redimido en blando coro repiten las variadas armonías; y cuando el eco alado del canto regalado lleva las notas al convulso infierno, de su rey, por los Cielos reprobado, fiero maldice el iracundo averno!

Los ángeles, los santos, esa esfera, poblada de cien luces misteriosas, que la luz de tus ojos reverbera, y las almas al par de tanto muerto, en torno á Ti agrupándose dichosas, de tu gloria inmortal forman á coro el solemne concierto!

Y tú quieres también, Señor! que el hombre, humilde y flaco ser perecedero, cruzando, entre tinieblas, de la vida el áspero sendero, para ensalzar tu nombre, mezcle la voz efímera y transida de su débil garganta al himno eterno que natura canta!

Gloria al único Dios! Su nombre santo en sus obras magníficas refleja; lleva en su mano el Universo entero; Él, más allá del tiempo pasajero que en continuo girar viene y se aleja, puso, del hombre misterioso anhelo, la eternidad de perdurable vida, y más allá del insondable cielo arrojó el infinito sin medida!

ADOLFO DE LA FUENTE.

EL AUTOR DE LA CASA.

Ha sido aplaudido muchas veces, gana bastante dinero con sus obras, y las que escribe en la actualidad las estrena casi todas en el teatro donde le dan el nombre que sirve de epigrafe á este artículo.

Hay autores que lo son de la casa en dos teatros ó en tres durante la misma temporada; pero estos son casos de fecundidad poco frecuentes y menos durables; los que sientan en bases sólidas su dominio se suelen contentar con ejercerle en un solo templo del arte.

El autor de la casa hace sentir su influencia en el teatro donde impera desde que entra por la puerta de la calle. Los recibidores de billetes le saludan, gorra en mano, con la mayor humildad, sin que él se digne contestarles, y el primer acomodador que le vé se apresura, también descubierto, á franquearle la entrada entre bastidores.

Cuando llega al saloncillo, que generalmente está lleno, se suspenden las conversaciones, y todos se apresuran á estrechar la mano del nuevo contertulio. Hasta el primer actor le pregunta desde su cuarto:

—Antonio:—siempre el nombre en prueba de confianza—¿cómo sigues?

—Malucho,—contesta el autor invariablemente.

—¿Has pasado mala noche?—dice Pérez con el mismo interés que si se tratara de la salud de un hijo suyo.

—Sí, chico; hago unas digestiones horribles, ó tengo una neuralgia que va á acabar conmigo.

Parece que las neuralgias y las malas digestiones son enfermedades que revelan un gran talento en el que las padece, pues no hay escritor de algún fuste que no se queje de cualquiera de ellas.

Después se generaliza la conversación, siempre sobre el mismo tema, y empieza á oficiar de pontifical el autor de la casa. Las compañías deben formarse de esta y de la otra manera: en Madrid no debe haber funcionando más que tales y cuales teatros: sus empresas no conocen sus intereses, que le debían confiar á él: los directores de escena, excepción hecha de Pérez, no tienen sentido común... El auditorio demuestra su aprobación con inclinaciones de cabeza y con frases que no interrumpen el discurso; ¡Claro!... ¡Naturalmente!... ¡Es indudable!...

A los pocos momentos se presenta Pérez vestido, ó disfrazado para representar el acto que va á empezarse.

—Chico—dice al autor de la casa—cómo sentí anoche que te marcharas temprano. El segundo acto de tu obra gustó como nunca.

—Ya me lo han dicho,—responde el autor con indiferencia,—pero es que le hacéis muy bien, sobre todo tú.

—Si la *cosa* no tuviera gracia, por mucho que yo quisiera hacer!...

—¿Y cuántas representaciones lleva la obra?—pregunta un cualquiera que está aprendiendo á manejar el incensario.

—Nilo sé,—contesta el autor, dándose tono.

—Veinticuatro ó veintises,—dice Pérez.

—¡Caramba!—exclaman todos, que ya lo sabían porque lo han visto en el cartel; pero que se hacen de nuevas.

—Y todavía,—añade Pérez,—hay comedia para rato. Has visto la entrada que se ha colado?

—No.

—Pues hasta *los topes*, chico. Termina la conversación la campanilla eléctrica que anuncia que va á comenzarse el acto, y el autor deja el saloncillo para recorrer los cuartos de los artistas. Como es natural, y hay que alabarle el gusto, prefiere los de las señoras. En todos le reciben como á los arzobispos en las catedrales, con palio y todo.

—Ya era hora de que se dignara V. venir por aquí, le dice la dama.

—Estoy eternamente al lado de V. con el pensamiento.

El autor es siempre muy galante; pero no es, sin embargo la galantería su nota más saliente: lo que le eleva sobre el vulgo de los mortales, además de sus comedias, es la gracia. Siempre anda jugando con la frase y diciendo chistes. Por eso exclaman sus admiradores: ¡cómo derrocha ingenio este Antonio!

—Cuando escribe usted sus obras,—añade la dama con coquetería.—no se acuerda Vd. de mí, puesto que jamás en hace un papel.

—Eso prueba que me acuerdo demasiado, y no encuentro, por más que las busco, frases dignas de que las digan esos labios.

A los cinco minutos de conversación con una actriz, ya tiene que haber dicho el autor de la casa el primer chiste; si nó se creería deshonorado. Así que á veces los trae por los cabellos.

—Yo estoy sola en el mundo,—dice la dama, por ejemplo,—soy un hongo.

—Señora, por Dios ¿un hongo?—replica en seguida el autor,—¡qué! Vd. es, cuando menos, un sombrero de copa.

Carcajada general. Inmediatamente se distribuyen los que han oido la ocurrencia por todos los cuartos y rincones del teatro.

—¿Conocen ustedes el último chiste de Galíndez?—van preguntando por todas partes?

—No, no ¿cuál es?—dicen los interrogados con curiosidad y comenzando ya á reirse.

—Pues este.—Y le repite. Se celebra muchísimo.

—Es atroz,—dice el barba,—cada frase de ese hombre parece un tiro.

El autor de la casa nunca ha manitestado categóricamente su opinión acerca de una obra ajena, ni antes ni después de su estreno. Es prevenido, y sabe que una equivocación le haría desmerecer mucho á los ojos de los que le adulan. Respecto á las obras ya estrenadas siempre da su parecer de modo que contente á todos los que le escuchan, amigos y enemigos del autor.

—A la obra le falta algo; pero es bonita, ó bien, me gustaría más si fuera de otra manera; pero me gusta de todos modos. Algo de la fraseología que emplean las mujeres que echan las cartas, y adivinan el porvenir.

Algunas veces se permite el genio enamorar á la dama joven, que se hincha como un pavo real y mira por encima del hombre á sus compañeras. ¡Y ya puede! ¡qué venga el empresario á repartirle papeles de cuatro palabras, y ya verá Vd. como ella le dice en su cara que no quiere admitirlos!

Y no hay que figurarse que Galíndez hace el amor como los demás hombres ¡qué! eso sería rebajarse.

—Estoy escribiendo una comedia,—la dice una noche,—en que Vd. va á ser la protagonista.

La dama joven se pone más tierna que un panecillo recién sacado del horno.

A la noche siguiente:

—A ver si le gusta á Vd. esta escenita que le he escrito....

—Síntese Vd., síntese Vd., Galíndez; pero aquí, al lado mio, que hay más luz.

—Cerraré la puerta porque no tiene necesidad de enterarse nadie.

—Como Vd. guste.

A la tercera noche:

—¿Cuánto sueldo tiene Vd: aquí, Fulanita?

—Cinco duros.

—¿Nada más?

—Nada más; ya ve Vd., la temporada anterior tenía ya veinticuatro reales, y con lo que gusté y me aplaudieron no ha sido la empresa para darme seis duros, que era lo que yo pedía.

—¡Ah! Pues el año que viene ganará usted diez lo menos ¡no faltaba más! y si este empresario no se los dá á Vd. se los dará otro: yo me encargo de eso.

Y así se van haciendo conquistas con el dinero del prójimo.

No está menos amable con el autor de la casa la empresa que las actrices y actores.

Si hay que quitar del cartel una obra suya, le pide permiso previamente, con la promesa formal de que volverá á representarse en cuanto haya ocasión. Si tiene alguna obra en estudio, se ensayará á la hora que él quiere. Y si desea obsequiar á algún amigo se le envían dos ó tres palcos á casa. Es, en fin, el niño mimado de los bastidores.

Hay autores de la casa de primera, segunda y tercera magnitud. Galíndez es de primera; ya lo habrán conocido ustedes.

Ahora, vayan rebajando miramientos y consideraciones de una manera proporcional y tendrán idea exacta de lo que sucede con los de segunda y tercera magnitud.

La influencia del de primera resiste á tres silbas.

La de los otros, á dos y á una respectivamente.

Pero lo que es cuatro... ¡no hay quien las resista!

S. DE TRASMIERA.

UN ARTICULO PARA EL LUNES.

Lunes compra todo lo que hallares á menos precio ó de balde. QUEVEDO.

—Porque le advierto á Vd. que el domingo próximo no trabajará aquí nadie, y que es preciso, por lo tanto, que el sábado quede hecha la *Miscelánea*.

Y el Director derribó el gorro sobre la otra oreja.

—Pues ¿á qué esa huelga?

—Ese día celebrará la Redacción el medio-natalicio del periódico. Acaba de cumplir seis meses.

—Hombre, que van á decir que no es ni setemesino.

—Pues no venga Vd. á la fiesta... Así como así, no habrá sino la acostumbrada ternera con *arvejillas*...

—¡Calla, sirena tentadora!

—Y las usuales galletas.

—¿De Viñas?

—¡De Albert!

—... ¿Para cuándo ha de estar aquí el artículo?

—Para mañana.

—¡Adiós!... Déme Vd. una galleta de señal.

—No las tengo más que inglesas.

—He querido decir para señal, en prenda de esa promesa.

—Allá va.

—Adentro irá.

Y por rara casualidad, *Casa Ajena* tomó el camino de la propia.

¡Era para mejor asegurar el banquete del domingo en la del prójimo!

Precisamente el «Domingo reina el Sol»—ya lo dijo Quevedo—y es día á propósito para comer á costa ajena, y no hace mal, aunque sea algo más de lo ordinario: porque, según Hipócrates y Galeno, no son dañosos los ahitos de balde, y está el Sol en su casa, y tú en la del otro.»

¿Y el lunes? ¿Para qué es á propósito el lunes?

A primera vista parece que para escribir artículos literarios, puesto que es día en que todo periódico que se estime en algo se queda en casa.

Todos tienen *Lunes*.

Pero una dolorosa experiencia me ha convencido de que no hay tal cosa.

No debe escribirse en *Lunes*.

El escritor de hoy ha de mirar en todas sus obras al porvenir.

Todos sus balcones han de tener vista al mañana.

Y el mañana de un *Lunes* es un *martes*.

A cuyo día no ha conseguido nuestra desprecupación de hoy quitar aún su fama de aciago.

Veamos si el *Lunes* es buen día para alguna otra cosa.

Si lo es, así debe constar en *El Libro de todas las cosas, y otras muchas más*.

De no estar aquí, no puede estar en ninguna parte.

«Lunes compra todo lo que hallares á menos precio ó de balde.»

No nos sirve la sentencia. Olvidaba el dato de la antigüedad del libro.

¿Qué cosa dan hoy de balde?

Hasta para recibir un puñetazo, hay que habérselo ganado.

¿Qué artículo se vende hoy a menos precio?

A menos precio del que costará mañana, puede que haya alguno, y aún lo dudo.

Con todo, aún juzgando el lunes como le juzgó Quevedo, es todavía el día de muchos a quienes yo conozco.

Todavía hay gente que compra las cosas a menos precio, casi de balde.

La suma de áridos conocimientos y el causal de paciencia que para llegar á ese fin se necesitan son incalculables.

Representan cien veces más valor que todo lo que esos individuos se ahorran en todas las compras de su vida.

Pero los hay. Los hay que para comprar una tijera compran en un sitio los ojos y en otro las puntas, y luego hacen ellos el tornillo.

El secreto de todos los planes económicos de estos hacendistas al menudeo, está en no pagar nunca la *mano de obra*, sino solo los materiales.

Ni al mismo Creador le pagan la del mundo que les ha hecho, puesto que no suelen dar limosna á los pobres, y ella es el dinero con que se salda esa cuenta.

En idas y venidas, en ingenio y afanes gastan, como he dicho, mucho más de lo que ahorran.

Cuando hay que observarlos es en vísperas de renovar su traje.

Pero para esto hay que echarse muy atrás, porque estas vísperas empiezan á cantarse cinco meses antes.

Allá, en lo más por coger del invierno, alrededor de las Pascuas de Navidad, cuando á todos los demás nos parece imposible, y no lo creemos aunque nos lo juren, que la capa no forme parte integrante de nuestro cuerpo hasta ser un órgano más de él, podéis ver, como sepáis buscarla, á una de esas horniguillas eligiendo muestras de hilos con que tejerse un traje de verano.

La muestra elegida será luego entregada á un capitán de barco que de allí á un mes saldrá para Oceanía, donde resulta que hay una tribu salvaje que hace muy baratas esas obras de telar.

Tegido ya el género, irá á parar á una aldea de la Suiza alemana, donde por una friolera se le meterán en color.

Ya luego no hay más que mandárselo á un sastré de Alhambillas del Rey, que estuvo veraneando un año en el barrio de Miranda, y cútate ya á ese Camacho de sí mismo dueño para los primeros días de Junio, de un traje que lo menos ha de durar hasta el primer cambio de luna.

De parecidísima manera pueden adquirirse otra multitud de objetos.

O de los que ya no sirven, hacer—sacar, que es la frase—los nuevos.

Las mujeres son, como de todas las habilidades manuales, las reinas de este arte.

¡Espantoso poder de transformación el de ese casquete de castor ó paja, de paño ó de felpa, ó de alambre ó de... ¡hasta de yerba seca los he visto yo! que constituye un sombrero mejor!

Aunque la materia que los forme no haya soñado jamás en ser flexible, como un guante se pondrá en cuanto sea consagrada por las manos femeninas.

Ni cabe decir: este adorno quiero, sino que lo mismo ha de estar dispuesta á recibir plumas que lazos, cintas que flores, y pájaros de crin que cordos ó monos de *peluche*.

Tal sombrero hay que, á semejanza de un modelo de pintor, ha representado todas las épocas históricas y traído á la memoria del público el tocado de los más distintos personajes.

*Archiduquesa* he conocido yo que ha sido luego sombrero del Directorio, y después ceto de cojer caracoles, y ya para eso había sido yelmo de Mambriño con flores, y ha de ser mañana un *Luisa Michel* al que nada habrá que pedir.

Una particularidad de todas estas personas económicas, que nunca he podido comprender, es la que he observado muchas veces yendo de viaje.

¿Porqué para ir de Torrelavega á las Caldas, por ejemplo, excursión en que nadie emplea más que el dinero del billete del tren, han de ir armados de su cesta de provisiones, de la que he visto salir hasta jamón y truchas?

Se comprende este cuidado en viajes largos para ahorrar el comer—mejor dicho, el pagar—en las fondas del camino.

Por más que estoy convencido de que esas gentes gastan más en accesorios y postres para sus comidas, de cesta y fiambrera que los demás limitándose á comer en serio donde lo mande la *Guía*. Observen ustedes que esos son siempre los que no dejan pasar por delante de la ventanilla del coche vendedor ambulante de comiseajos sin probar de lo que lleve.

Para estos salen casi exclusivamente á la estación las rosquillas de Bárcena, las panortillas de Reinosa, las galletas de taberna en todos los apeaderos de la línea, el botijo

de leche en las Navas y las pastillas y bombones de chocolate en el Escorial.

Todo esto para entretener el hambre durante la hora que tardan en volver á la merluza y á los huevos cocidos de la cesta, y á la botella que llenan en todas las estaciones, porque yo no he visto apetito como el que á estos viajeros les abre aquel traqueteo del ferro-carril.

Y no sé porqué no ha de figurar entre las reglas de conducta consignadas en ese cartel que hay en los wagones un artículo que dijera:

«Nadie tendrá derecho á molestar al viajero pacífico con ofrecimientos de ninguna clase de manjares, en especial de los que manchan el papel en que van envueltos, ni de la inmundicia botella á que toda la familia del glotón ha dado ya su ósculo de paz, ni á hacer á nadie la ofensa de que á la hora de haberle visto comer en una de las fondas del tránsito va á ser capaz de entrar con una loncha de jamón, frita hace dos días.»

«Nadie que viaje tiene derecho á suponer que el que va sentado enfrente ha caído en la extraña debilidad de hacer á sus dedos tenedores y cuchillos á sus uñas, y á su estómago depósito de porquerías.»

CASA-AJENA.

## PARIS POR DENTRO.

LA PENA DE MUERTE.

La multiplicidad de los crímenes horrendos que ensangrientan á París, la singular diversidad de las incomprensibles sentencias del Jurado, la caprichosa é irregular aplicación del derecho de indulto, que la ley concede al jefe del Estado, y la poca maña que se da el tenebroso y tembloroso ejecutor de la obra suprema de justicia han vuelto á traer sobre el tapete la debatida cuestión de si es ó no preferible que las ejecuciones capitales se verifiquen dentro de las prisiones, á puerta cerrada, sin el pomposo y lúgubre aparato que ahora tienen.

No es mi ánimo tomar parte en una discusión que ha llegado á ser animada en París, ni declararme partidario de uno ú otro sistema; pero sí deseo exponer los argumentos y consideraciones que unos y otros presentan y pasar una rápida revista sobre los curiosos suplicios en boga en los tiempos pasados y presentes.

Una de las personas que con más ahínco trabaja desde hace tiempo en favor de la supresión de la guillotina en Francia es el distinguido senador Mr. Eduardo Charton, y no porque sea adversario de la pena de muerte, sino porque no está conforme con el modo de aplicarla; no pide que se suprima, sino que se *dulcifique*, y propone que el terrible y sangriento cuchillo sea reemplazado por una poción, más ó menos fuerte y mejor ó peor preparada, de ácido cianhídrico, la cual se hará absorber, como si fuera un sorbete, al condenado á la última pena.

La proposición que hace poco más de un año presentó en la Alta Cámara el senador Mr. Charton y que causó tanta extrañeza como hilaridad, va ganando terreno, y no es ya considerada como una originalidad de dicho señor ni como una utopía. A mí no me parece tan descabellada, y la encuentro, hasta cierto punto, filantrópica, puesto que si una gota de ácido cianhídrico basta para matar al más robusto perro, dos ó tres, creo ya bastarán para concluir con un hombre en un *santi-amen*.

Entre las objeciones que se han hecho á este proyecto figura principalmente la de que la aprensión y su consiguiente angustia, la administración de la pócima mortal y el sufrimiento físico serían causa de que la crueldad del suplicio fuera aún mayor. Los unos han citado á Sócrates absorbiendo la cicuta delante de sus discípulos reunidos y atentos á la última conferencia del filósofo maestro, describiendo la lentitud y el horror de la agonía; pero esos ignoran que el ácido cianhídrico, muy diferente de la cicuta, mata en muy pocos segundos y sin producir malestar ni dolor alguno. Los otros, legistas en su mayor parte, temen que las condiciones de la pena no sean lo bastante horribles y públicas para ejemplar enseñanza; pero la guillotina, y el ceremonial con que hoy se aplica, no son tan imponentes: la civilización moderna—y en esto hay que estarle agradecido—ha tratado de disminuir todo lo posible el sufrimiento y el horror del suplicio; el hecho brutal, material, sangriento, no produce en sí mismo provechoso ejemplo, y si la consecuencia inmediata de él, la muerte que inspirará siempre á la humanidad temor y pavora. Que el condenado muera por estrangulación, decapitación, asfixia ó que beba un

brevaje, la impresión será la misma, puesto que el resultado es idéntico.

Y toda vez que no se ha encontrado aún el medio de preservar á la sociedad sin desembarazarla de cuando en cuando de uno de sus *podridos miembros* (como diría mi portero), parece lógico que se busque el medio de efectuar esta amputación sin torturas morales ni físicas, y el que, para conseguirlo, encuentre el mejor anestésico posible, aquel merece, á mi juicio, llevarse la palma.

Este sistema, hoy preconizado por Mr. Charton, no es, después de todo, ninguna cosa nueva. Seldenius cuenta que los hebreos, mucho tiempo antes de Moisés, daban á los condenados á muerte, antes de entrégarlos al verdugo, vino mezclado con incienso, mirra y otras drogas capaces de entorpecer los sentidos y de hacer perder el conocimiento y la sensibilidad. Moisés abolió estos *paliativos*, y desde su tiempo empezaron á usarse las torturas *bién administradas*, con objeto de dar ejemplo inspirando pavor.

Entre ellas las hay tan horribles como las siguientes:

*La pena del fuego*.—Consistía esta, según slo judíos, en enterrar al criminal hasta las rodillas en estiércol, rodearle el pecho con una faja de cuyas puntas tiraban dos ó más hombres, hasta que aquel abría la boca, en la que le echaban entonces plomo derretido que le abrasaba las entrañas.

*El suplicio de Gedeon*.—Este, de vuelta de la guerra ó persecución, mejor dicho, contra los Madianitas, inventó, para castigar á los que le habían insultado, el suplicio de las espigas, que consistía en acostar desnudos en el suelo á los condenados, cubrirlos de espigas y colocar encima enormes piedras para que las espigas se introdujeran en el cuerpo de la víctima.

*El suplicio de David*.—Suplicio que este melifúo rey, tañedor de harpa, puso en práctica contra los Amonitas cogidos prisioneros. Hacía pasar sobre ellos carros, al modo de nuestros modernos trineos, armados de hierros cortantes que despedazaban á aquellos infelices, cuyos restos eran arrojados en un horno de cocer ladrillos.

El horno estaba en gran predicamento entre los antiguos; ustedes recordarán la historia de los siete hermanos Macabeos y de su madre, que fueron tostados vivos sobre parrillas, después de haberles cortado las orejas y arrancado la lengua.

Para terminar esta serie de horribles ejemplos de barbarie, hé aquí la descripción del horrible tormento que los persas hacían sufrir á los adúlteros, tormento conocido con el nombre de *diapliendrose*. Doblaban dos árboles vecinos por medio de cuerdas y con grandes esfuerzos; ataban uno de los pies de la víctima á un árbol y el otro pié al otro árbol, y soltaban en seguida espontáneamente ambos árboles que, al enderezarse, se llevaban en pos la mitad del cuerpo desgarrado del criminal ó víctima.

Inútil y pesado me parece recordar á Ravaillac ni enumerar las infinitas experiencias hechas *in anima vili* por la justicia hasta 1789; pero es justo reconocer que el instrumento inventado por el Doctor Guillotin y perfeccionado por el ingeniero Schmitt puede considerarse como un juego de chiquillos al lado del refinamiento cruel que en sus máquinas de muerte y tortura emplearon nuestros bisabuelos y antepasados.

La proposición de Mr. Charton me parece digna de atención y los esfuerzos de los que pretenden suprimir de nuestras costumbres el bárbaro espectáculo de las ejecuciones públicas, dignos de interés y de aplauso.

PIO SILBÉN.

París 1.º de Julio.

## LAS MARAVILLAS DE LA FÍSICA MODERNA.

VII.

EL PIRELIÓMETRO.

La imperfección de nuestros sentidos nos impide medir con exactitud la temperatura de los cuerpos por las sensaciones de calor ó frío que excitan en nuestro organismo; así es que para llegar á un conocimiento, siquiera aproximado, ha sido preciso recurrir á los efectos físicos que el calor produce en ellos, como son la dilatación y contracción, para apreciar sus variaciones.

De esta necesidad nació la invención de el *Termómetro*, instrumento de uso frecuente, y que tiene por objeto darnos á conocer la elevación ó descenso de la temperatura, por medio de la columna de mercurio que se

dilata ó contrae con las variaciones atmosféricas.

Tan precioso como útil instrumento fué ideado á fines del siglo XVI, creyendo unos que su autor fué Galileo, otros Drebel, y otros, finalmente, el distinguido médico veneciano señor Santorio; más aún cuando la duda exista sobre el nombre del verdadero autor de tan ingenioso descubrimiento, no sucede lo mismo con el de sus ilustres perfeccionadores Regnault, Rudberg y Reaumur, los cuales hicieron grandes é importantes trabajos sobre la escala á que debía sujetarse la columna de mercurio que sirve de regulador al aparato.

Fahrenheit adoptó una graduación especial muy generalizada en Holanda, en Inglaterra y en la América del Norte, que tiene por punto superior el agua en ebullición, y el cero situado 32º más bajo que el hielo fundido; así es que 100 grados del centesimal equivalen á 180 de esta graduación, por lo que pueden medirse perfectamente las más bajas temperaturas.

Poco tiempo después, Walferdin modificó la graduación en un instrumento que denominó *Termómetro metastático*, que tenía por objeto medir con exactitud milésimas de grado, lo cual consiguió dando al receptáculo un gran volumen á la vez que al tubo una abertura capilar.

Estas innovaciones fueron los primeros pasos en el descubrimiento de el *Termómetro*, hasta que el físico escocés Leslie presentó un termómetro diferencial fundado en las propiedades del aire; Ramford su termómetro muy parecido al anterior, y Abraham Breguet, ilustrado fabricante de relojes en París, su termómetro metálico, apoyado en la desigual dilatación de los metales.

Pero como en las observaciones meteorológicas es necesario conocer la temperatura más alta y más baja del día, y los instrumentos ordinarios no pueden cumplir estos fines sin una observación constante y penosa por todo extremo, el físico sir Rutherford ideó el aparato de máxima y mínima que lleva su nombre, por medio del cual se debían salvar aquellos inconvenientes. Mas el defecto, haro remarcable, de no ser portátil, y de exigir grandes precauciones su manejo, hizo estudiar el medio de obviarlos á los señores Negretti y Zambra, los cuales consiguieron su propósito en el importante descubrimiento que lleva sus nombres.

Más tarde Walferdin, con su termómetro de máxima, y Castella con el suyo de mínima temperatura, dieron los últimos pasos en los descubrimientos termométricos, hasta que Bronquart construyó para la fábrica de porcelana en Sevres un instrumento llamado *Pireliómetro*, que tiene por objeto medir las más elevadas temperaturas. Aquel debía ser un instrumento de precisión; mas careciendo de ella, fué sustituido en nuestros días por el *Pireliómetro* de aire de Regudul y eléctrico de Becquerel.

Hoy, para la mayor comodidad en las observaciones, se usa el *Termómetrografo*, instrumento que no es otra cosa que el conocido de hélice de Breguet, perfeccionado y aumentado con un mecanismo de relojería, que á cada hora marca con suma perfección los grados de temperatura en el tiempo transcurrido.

La electricidad, que todo lo invade, no podía permanecer silenciosa en este caso, y el sábio físico italiano señor Melloni, la aplicó á un mecanismo llamado *Termo-multiplicador*, con tan feliz resultado, que bien puede decirse que es el instrumento más sensible y más perfecto de su género, por estar fundado en el teorema bien conocido, que las *desviaciones de la aguja son proporcionales á la cantidad de calor que recibe la pila*.

Pero ninguno de estos descubrimientos, aunque grandes é importantísimos, eran suficientes para medir con exactitud el calor solar, y mucho menos para determinar dicha temperatura á una distancia de 15 millones de miriámetros, como es la que media entre nuestro planeta y el astro de la vida.

A primera vista pudiera creerse que exponiendo un termómetro al sol, leyendo el número de grados que marca y aumentando este número proporcionalmente al cuadrado de la distancia, se obtendría la temperatura del globo solar; pero en este experimento obrarían como causas de error las radiaciones de los cuerpos, la absorción de la atmósfera, la distancia del foco luminoso y los medios que habían de interponerse hasta que los rayos calóricos llegasen á la superficie de la tierra.

Los sabios astrónomos Sausseure y Herschel fueron los primeros que trataron la gran cuestión de medir el calor del sol, y más tarde Pouillet continuó sus trabajos ideando, para llevar á efecto sus investigaciones el *PIRELIÓMETRO*, instrumento ingeniosísimo, y que tan buenos resultados dió pocos años después.

Medir con exactitud la temperatura sola, no es una cuestión llevada al terreno de la práctica por mero lujo científico; es un problema útil, de aplicaciones provechosas y de suma necesidad, tanto para la Física como

para la Astronomía; pero los grandes inconvenientes de que vá acompañado y la falta de medios de que podían disponer los hombres de los pasados siglos, hicieron que el proyecto se abandonara y que llegase, integro á las manos de Pouillet que con tenaz empeño venía trabajando en su resolución hacia más de veinte años.

Ya próximo á perder el último átomo de esperanza; rendido y fatigado de tanto sacrificio estéril y de tanto estudio inútil, la inspiración iluminó su entendimiento, reanimó su ya abatido espíritu, y aquel mismo hombre que pocos días antes no hallaba medio de dar completa solución á sus proyectos, vió pronto coronada su obra con un resultado feliz por medio de un instrumento á que denominó *PIRELIÓMETRO*, digno de su reconocido talento y de los altos fines que estaba llamado á cumplir.

Este mecanismo se compone de un vaso cilíndrico llano, de plata ó de cobre plateado, de 10 centímetros de diámetro y 15 milímetros de altura, que contiene 100 gramos de agua. Dicho vaso sirve de colorímetro; en el centro va la bola de un termómetro cuya varilla se adapta á un tubo de metal con dos collares sobre los que puede girar nuevamente.

En el extremo opuesto del tubo se halla un disco de igual diámetro que el vaso y dispuesto en posición paralela, que sirve para orientar el aparato por la proyección de la sombra que arroja el calorímetro, lo cual hace que los rayos lleguen perpendicularmente á la superficie de aquel, que además está pintada de negro para aumentar su potencia absorbente. La graduación del termómetro puede leerse fácilmente por una ranura practicada en el cilindro en toda su extensión longitudinal.

Para aplicar EL PIRELIÓMETRO, se anota en un registro la elevación del termómetro á la sombra; después se coloca frente al sol de modo que sus rayos caigan normales á la superficie de la caja; en aquella posición, y durante cinco minutos, se anota de minuto en minuto la variación de temperatura, que es muy rápida, y al sexto se aparta el instrumento de la acción del sol.

Un cálculo sencillo dá la suma de calor perdido por la radiación, el absorbido por la atmósfera, y por el que marque el termómetro unido á las pérdidas causadas, se encontrará el que tiene el sol en el luminar de su foto-esfera.

Algunos años después Mr. Crova, profesor de la Facultad de Ciencias de Montpellier, volvió á medir la intensidad calorífica de la radiación solar y su absorción por la atmósfera terrestre, sirviéndose á la vez de los *PIRELIÓMETROS* Pouillet y de Tyndall, cuya comparación fué muy ventajosa para la ciencia, pues de ella dedujo el sábio profesor acertadísimas conclusiones, fijando con gran aproximación el calor del sol en *nueve millones de grados*.

Mientras estos estudios tenían lugar en Francia, Waterson en Inglaterra hacía otros trabajos no menos interesantes, alcanzando idénticos resultados. Ya la cuestión se creía terminada, cuando en 1874 el sábio jesuita Padre Secchi fijó el calor arrojado por la masa del sol en diez millones de grados del termómetro centígrado. Esta cifra fué comprobada por el célebre astrónomo Mr. de Flammarion, y en una memoria publicada dos años después, declara que las observaciones del docto jesuita han alcanzado un grado de perfección poco común, y que puede darse como segura la cifra asignada al calor desprendido por la envoltura del astro rey.

Hoy la Física, con sus interesantes descubrimientos, recoge el calor solar en cajas preparadas al efecto, le conserva almacenado cuanto tiempo necesita, y le reparte después por cañerías cerradas al lugar que le conviene.

Aun hace más, pues le transforma en fuerza motriz, como se ha visto en el descubrimiento de Mr. Monhot de Tours, el cual, por medio de un embudo, cuya boca tiene 3 metros de diámetro, y en cuyo fondo hay una caldera que se calienta con los rayos del sol que concurren en un punto mediante la combinación de varios espejos, consigue elevar la temperatura del agua, producir el vapor y dar movimiento á una pequeña máquina de hilar que le produce muy beneficiosos rendimientos.

Así la ciencia trabaja por arrancar á la naturaleza sus más profundos secretos; la mecánica recoge aquellos descubrimientos y los lleva á la práctica por medio de máquinas ingeniosas y de provechosa utilidad, y las artes los transforman en efectos útiles para los usos de la vida, cuya producción nunca hubiese conseguido sin los desvelos de los sábios, que consumen su existencia en estudio para bien de la humanidad.

A. S.